

La Revolución de Chile

31 de agosto de 1891

“El hundimiento del *Blanco Encalada* por la aplicación de torpedos, es indudablemente un serio golpe para el partido del Congreso chileno; pero al anunciar que con esto termina la contienda, los amigos del Presidente Balmaceda parece que han mostrado excesiva precipitación. Hasta el presente esta guerra no había ofrecido enseñanzas útiles para los observadores navales y militares; pero en este incidente ya pueden encontrar alguna entretención profesional, que por nuestra parte carecemos de ella, i aunque la tuviéramos, sería prematuro el deducir conclusiones. Sin embargo, si es verdad que el *Blanco* fue sorprendido al ancla, y diera, puede decirse que ningún dato útil se ha agregado al conocimiento que ya teníamos de la utilidad de estas armas. Nunca se ha dudado de que una tormenta pueda echar a pique un buque, siempre que pueda dispararle torpedos sin ser molestada, i en el presente caso lo único admirable es que un gran blanco inmóvil no haya sido herido por los primeros tiros. Pero lo que necesitábamos saber, respecto a los torpedos, es hasta qué punto son eficaces contra un buque armado de cañones de tiro rápido y que esté sobre su máquina. El hundimiento del *Blanco* sólo ha demostrado lo peligroso que es echarse a dormir en un puerto inseguro.

Publicamos hoy dos cartas de Santiago sobre la historia y actual estado de la guerra civil de Chile, en las cuales se nos exponen los dos lados de la cuestión. Según uno de nuestros corresponsales, el Presidente Balmaceda es un usurpador que le confirió la Constitución, con el objeto de implantar el gobierno personal por los medios más arbitrarios. Según el otro, es el defensor de las libertades del pueblo contra una coalición criminal de los círculos parlamentarios, y sigue mostrando, en medio de sus apuros, una fidelidad admirable a la Constitución.

A la distancia a que nos encontramos, sería impropio que nos pusiéramos a dogmatizar sobre las sutilezas de la política chilena. Nos parece, sin embargo, muy singular, que si el Presidente es tan solo un buen hombre que lucha contra la adversidad, tenga en su contra, según él mismo lo confiesa, a todas las clases sociales que han asegurado a Chile un largo período de tranquilidad y de ordenado progreso, como no ha gozado ninguna otra de las repúblicas sud-americanas. Tampoco puede menos de parecer extraño al lejano observador, que la colonia extranjera, que posee y dirige una gran parte del capital y de las industrias de Chile y que no puede tener otro interés que la continuación de gobiernos buenos y sólidamente establecidos, haya prestado todas sus simpatías al partido de Congreso.

Se nos dice que en Chile, gobierno representativo y gobierno parlamentario, no son una misma cosa; pero precisamente cuando esperamos una clara exposición de la diferencia que entre ambas cosas existe, se nos ofrece la relación de una lucha entre dos partidos, ambos parlamentarios y ambos representativos. El mismo Presidente Balmaceda ha intentado desarrollar la tesis de que el sistema parlamentario es incompatible con el gobierno republicano, y presupone la existencia de un soberano hereditario e irresponsable; pero ese argumento adolece de una chocante falta de lucidez i de fuerza.

Se nos dice que Chile sólo había sido república en el nombre, y que las ideas democráticas estaban allí anuladas por una oligarquía, hasta que el Presidente Balmaceda se levantó a defenderlas. Pero como en Chile ha existido desde 1833 el sufragio universal con la sola limitación de la capacidad de leer y escribir, es difícil comprender cómo esa oligarquía que ciertamente no ha recurrido jamás a las violentas medidas de represión del Presidente Balmaceda, ha podido mantener en sujeción a la democracia.

Lo más que puede decirse en defensa de la causa del Presidente, es que, al menos en apariencia, gran parte del pueblo apoya al gobierno. Se esperaba que el ejército y el pueblo se hubieran unido a los parlamentarios y a la escuadra; y si esto hubiera sucedido, el Presidente Balmaceda habría sido depuesto tranquilamente, como lo fue el Emperador de Brasil; pero si ejército y pueblo han permanecido fieles a su gobierno, puede pretender Balmaceda con algún fundamento que representa al número, ya que no a la inteligencia. Es necesario, sin embargo, hacer de esta cuenta algunas deducciones obvias.

El Presidente se había preparado durante largo tiempo para esta lucha, usando su facultad de nombrar y remover empleados. Funcionarios de toda especie, sospechosos de tendencias constitucionales, habían sido arrojados de sus puestos para ser reemplazados por creaturas del Presidente Balmaceda. De este modo puede explicarse la fidelidad de la mayor parte del ejército

sin suponer en éste una preferencia inteligente por las teorías del gobierno del Presidente. El bajo pueblo está también a oscuras respecto de las cuestiones que se debaten, y nada se ha omitido para reducirlo a la sumisión por medio del terror. Por sanas que se supongan las intenciones del Presidente, es indudable que no ha retrocedido ante ninguna severidad, y ante ninguna violación de la libertad individual y de los derechos legales que le ha parecido adecuado para obligar a la obediencia. Si no hay hombre ni mujer sospechoso de tendencia opositora que esté libre del pillaje y del presidio; si se incita a los pobres contra los ricos y se ofrecen ocasiones de hacer fortuna a quienes menos la merecen, no es difícil producir por algún tiempo una mediana imitación de popularidad.”